

CRÓNICA DE BADAJOZ.

PERIODICO DE INTERESES MORALES Y MATERIALES.

Se publica en los dias 3, 8, 13, 18, 23 y 28 de cada mes.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En toda España, 6 rs. al mes.—En Portugal, 18 rs. trimestre. Anuncios, 1 real por línea para los no suscritores. Los que lo sean tendrán derecho á que se les inserte una vez al mes un anuncio que no pase de 10 líneas. Si excediere de este número, pagaran medio real por cada una de las que resulten de exceso.—Comunicados, á precios convencionales.

PUNTOS DE SUSCRICION

En la administración del periódico, calle de Arco-agüero núm. 5.
Los señores de fuera de la capital que deseen suscribirse, se dirigirán al administrador de La Crónica, acompañando en libranzas ó sellos de franqueo el importe de un trimestre.

Crónica de Badajoz.

La importancia de la obra á que se refiere el siguiente artículo, y el deseo de que dándose á aquella toda la publicidad posible, llegue á recoger su autor el fruto de sus afanes y desvelos, nos mueven á insertarlo íntegro en esta sección de nuestro periódico, sin reparar en el sacrificio que hemos tenido que hacer de algunos otros trabajos.

ESPAÑA EN PARÍS.

Revista y crónica de la exposición universal de 1867,

por D. JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

Pocas obras saldrán á luz con menos necesidad de prospectos para recomendarse á la general atención, que la que nuestro distinguido amigo el Sr. Castro y Serrano anuncia con el título que encabeza estas líneas. Y no es solamente por que el asunto de la obra, expresado en ese título, baste para excitar la curiosidad y despertar el deseo de correr sus páginas: no es solo tampoco porque el nombre del autor, tan conocido de los lectores españoles y que trae á la memoria una serie no corta de excelentes escritos, sea garantía más que suficiente del mérito de su redacción.

Desde luego cualquiera de estas dos circunstancias aisladas hablan muy alto á favor del mérito de la proyectada empresa y de la oportunidad de su pu-

blicación. La Exposición Universal de 1867 es como dice muy bien en su ilustrado prospecto el Sr. Castro y Serrano, uno de los acontecimientos más notables del mundo. Jamás se ha concebido, antes de ahora, programa semejante al de esta gran solemnidad que va á reunir en el campo de Marte á todas las naciones civilizadas de la tierra, convocadas para llevar á ese bizarro panteón la manifestación de su manera de ser y el producto del trabajo de su inteligencia y del de sus brazos, para «exponer lo que sienten, lo que piensan y lo que saben; lo que tienen y lo que ejecutan, desde la más remota antigüedad hasta el mundo del concurso».

No nos detiene nuestra insignificancia literaria al dedicar con este motivo unas breves líneas sobre un suceso que ya es el obligado tema de cuantos publicaciones aparecen en el orbe. Nos anima á ello el entusiasmo que sentimos por todo lo sublime y grandioso, sin retraernos la convicción sincera que abrigamos de que nuestras palabras han de ser débil reflejo, pálido remedo de las brillantes concepciones que ofrecerán al mundo escritores distinguidos, privilegiados talentos consagrados en esta ocasión al digno examen de tan variado campo de ilustración y enseñanza.

Amalgama prodigiosa de fuerza y de inteligencia, múltiple y ordenado conjunto de productos y de ideas, exhibición maravillosa de todos los pueblos, de todas las razas y de todas las civilizaciones, rápido viaje á través de la historia, síntesis de esa eterna aspiración de la humanidad hácia el progreso, panorama de esta

peregrinación colosal desde el punto en que la antigüedad histórica empieza á vislumbrarse entre las sombras de la leyenda, hasta el límite incierto del horizonte que nos separa de él porvenir; hé aquí lo que será la Exposición Universal de 1867; hé aquí el gran acontecimiento esperado con ansia y á costa de nobles esfuerzos, de inaudita constancia y de inmenso talento preparado.

Podía pasar un hecho de esta naturaleza y de tan trascendental importancia, sin que la pluma del escritor y el lápiz del artista se apresuren á consignarlo, á fijar su recuerdo, á deducir las naturales é importantes consideraciones que de él se desprenden, á sacar en fin la vasta enseñanza en él contenida? Indubablemente no.

Pero para trazar la crónica de la Exposición Universal de 1867 se necesitan condiciones especialísimas, conocimientos nada comunes, talentos de escritor, rara vez reunidos en una sola persona, si es que el historiador ha de poder colocarse á la inmensa altura del historiador. No se trata de escribir una memoria académica sobre algún ramo aislado de los estudios á que se presta la Exposición. Aun recordamos la original manera con que en la anterior de Londres creyeron cumplir su misión los comisionados de algunas corporaciones oficiales de nuestro país. Hacer el viaje á una corte extranjera, pasearse por el edificio de la Exposición, comprar algunos clichés de los periódicos ilustrados de la capital, traducir y arreglar al español lo que se decía en los artículos á que los clichés correspondieran y por último, volver tranquilo á la dulce pa-

tria con un folletito de pocas páginas en que se hable de máquinas agrícolas ó de objetos de perfumería como interesante fruto del estudio de la Exposición, es cómodo, es recreativo y es lo único que está al alcance de algunas inteligencias; pero no es lo que hay derecho á esperar y hasta exigir.

La crónica de la Exposición, si ha de corresponder á su objeto, solo puede ser obra de un escritor avezado al estudio, adornado de conocimientos generales, dado á la observación profunda que sorprende los hechos, á la comparación que los aquilata, á la meditación que deduce las consecuencias y obtiene de ellos saludable enseñanza para lo futuro. Y como que el pensamiento capital de la publicación, no es ni puede ser el de hablar con los sabios el idioma de la ciencia, sino el de poner la ciencia al alcance de todos y hacer ameno su estudio, como que la índole de esos colosales certámenes es múltiple en su unidad y así habla á la inteligencia como á los sentidos, al raciocinio como á la imaginación, necesitase una pluma fácil y galana acostumbrada á cuestiones trascendentales sin pretensión de ciencia ni lujo de ignorancia y de la cual broten con igual espontaneidad los elevados pensamientos y las descripciones risueñas, lo que interesa á todos y lo que puede interesar á cada uno, lo que enseña y lo que deleita, lo que agrada á los sentidos y lo que sirve de móvil al noble trabajo de la inteligencia.

¿Encuéntrense estas cualidades en el Sr. Castro y Serrano? No seremos nosotros, que nos honramos con su amistad y que en tal concepto pu-

FOLLETIN.

UN DRAMA NUEVO.

Ante todo, no somos críticos. Para escoger voluntariamente esta senda de la literatura, necesitaríamos respetar menos el ejercicio de la crítica, que hábil y noblemente desempeña; es una especie de sacerdocio encargado de aquilatar las excelencias del arte y las virtudes del ingenio.

Pero tenemos hoy en la escena un drama que ha despertado el entusiasmo público, y es preciso que, al menos como simples cronistas, le demos á conocer á los lectores de este periódico.

Nos referimos á la muy aplaudida obra de Don Joaquín Estébanez, titulada *Un Drama nuevo*.

Su argumento, expuesto á nuestro pesar con una concisión desfavorable, es el siguiente: Jorick, cómico de una compañía que dirige el gran Shakspeare, se halla desposado con una joven actriz llamada Alicia y es el padre adoptivo de Edmundo, también joven actor del mismo teatro.

Muy justamente afamado Jorick en la representación del carácter cómico, desea también alcanzar laureles en el género trágico, y solicita de Shakspeare un papel de este género al repartirse los de un drama que va á ser estrenado. Presentanse dificultades: Shakspeare se opone aunque cariñoso, resucitadamente; pero es tal el empeño de Jorick y prometen tanto sus facultades de gran actor, que aquel cede y este vé realizados sus deseos, apesar de que Walton, á quien el papel corresponde, deberá quedar ofendido.

En el colmo de su complacencia, Jorick hojea sin cesar el drama y se fija naturalmente en las escenas más difíciles de su papel, ensa-

yándolas, repitiéndolas y pidiendo á todos parecer y consejo, incluso al mismo Walton, á quien desea, no obstante, humillar con su triunfo por motivos de emulación.

En medio de todo esto llega á vislumbrarse, y algunas reticencias del ofendido Walton lo dejan conocer claramente, que Jorick no es amante de Alicia y que está tiene un amante. El papel de Conde Octavio escogido por Jorick, que es el de un marido ultrajado, corresponde, pues, exactamente á la realidad de su situación privada, sin que el pueda siquiera imaginarlo.

Y aquí principia el interés del drama.

Walton, lastimado de aquella preferencia otorgada á Jorick, y poseedor de un secreto que descubierto á los ojos de su rival puede humillarle, prepara y saborea la venganza; Shakspeare, que conoce á la vez el secreto y los propósitos de Walton, principia á interponerse en aquella lucha, cuyo desenlace puede ser terrible para Jorick, su buen compañero, su queridísimo amigo; Alicia tiembla porque no puede apartar su corazón de Edmundo, y Edmundo, que es el amante de Alicia, vive desesperado entre el amor que de antiguo profesa á la mujer de Jorick y sus deberes para con este como hijo adoptivo suyo.

Colocados en estas situaciones los personajes del drama, la exposición termina y el desarrollo de la acción comienza dentro del primer acto. Retirado Jorick á estudiar su papel con Walton, Edmundo y Alicia, tienen una entrevista donde recíprocamente se confiesan que no pueden seguir amándose y que no pueden, sin embargo, dejar de amarse. Esta escena, maravillosamente preparada y escrita, deja ya conocer las facultades del autor de la obra; y sin embargo, cuando el público juzga que de aquellos no puede brotar otra situación más interesante, aparece Shakspeare. Deduzca el lector qué efecto causará esta aparición ante los que quisieran ocultarse á sí mismos el afán de sus corazones.

Pero Shakspeare no solo se presenta, sino que les habla de que ya conocia su amor y de que Walton lo conoce asimismo; los somete á una prueba, y por último les invita á separarse para que la llama de aquel cariño criminal se extinga, prometiéndoles consuelo en el auxilio de su amistad, si ellos se atreven á confiar en sus propias fuerzas.

Jorick y Walton aparecen á la sazón y mientras el amigo, el amante y la esposa tratan de disimular sus emociones, aquel, deseando sorprender agradablemente á Alicia, principia á declarar con vehemencia una de las escenas favoritas de su papel trágico.

«¡Tiembale la esposa infiel, dice, tiembale la ingrata...»

Conmovida por sus sensaciones anteriores, por la aparición de su esposo y por aquellas palabras en que vé una prueba de que su falta se ha descubierto, Alicia murmura: «Perdonadme, y cae al suelo sin sentido».

Walton, sin embargo, no ha hecho ninguna revelación á Jorick.

—Casualidad como ella!—dice al ver el resultado de aquella escena imprevista y termina el acto primero.

La anterior escena despierta una intranquilidad y unos celos horribles en el corazón de Jorick, y el segundo acto del drama es por consecuencia un conjunto de situaciones que tienen su origen en esta sobreexcitación del esposo de Alicia.

Jorick intenta cerciorarse de la verdad y huye á la vez de encontrarla.

Pide á Walton la explicación de ciertas palabras que sin querer le ha oído, referentes en efecto á su desventura; habla al mismo Edmundo de sus temores, suplicándole que le ayude á descubrir el amante de su mujer, interroga, por fin, á Alicia y encuentra la confirmación de sus sospechas en el dolor profundo de su esposa, que, febril y exaltado, atribuye á perversidad y fingimiento.

Shakspeare aparece y prodiga tiernos cuidados á Alicia, retirándola del lugar de la escena.

En esta sazón entra Walton. Jorick le hierne en lo más sensible de su corazón y de sus recuerdos con alusiones picantes á una historia de infamia que tiene que ver con su matrimonio, y Walton confiesa al fin que Alicia es infiel. Jorick, desatentado, loco, exige pruebas á Walton de lo que acaba de asegurarle y arroja enfurecido sobre él, porque no se las ofrece inmediatamente.

Después de tantas sensaciones y de haber acusado á Shakspeare, juzgándole el amante de su mujer, Jorick escucha á aquel amigo siempre leal y sincero, y acaba por arrojarle conmovido en sus brazos. Edmundo y Alicia entretanto se deciden á huir juntos, viéndose aquella tempestad que destroza el alma de Jorick y que amenaza ya estallar sobre su cabeza.

Así termina el segundo acto.

En el tercero se reúnen el desenlace del drama real y la representación del drama figurado en que todos van á tomar parte. Alicia representa la esposa desleal, Edmundo el amante, Jorick el esposo ultrajado, Walton el confidente de Jorick. La escena representa un aposento del teatro donde el autor y los actores hablan del éxito de la obra mientras esta se representa y donde el traspunte anuncia á cada cual el momento de su salida á las tablas y dirige púllas á Walton, realizando el triunfo de su competidor, el transfigurado actor cómico de la compañía. Aquí estalla la envidia de Walton oyendo efectivamente los aplausos prodigados á Jorick y llega el momento de que tengan realización sus propósitos.

Alicia ha recibido una carta de Edmundo, donde este le comunica sus planes de fuga. Walton lo ha visto casualmente y se esconde; comprende que aquella prueba es el mejor instrumento de su venganza y está decidido á

diéramos ser tachados de parciales, los que lo digamos por autoridad propia aunque ciertamente de toda carecemos. Pero por nosotros habla el público español, acostumbrado á recibir con aplauso y devorar con avidez cuanto produce la elegante pluma del autor de las *Cartas trascendentales*.

Lo hemos dicho al comenzar estas líneas: pocas producciones saldrán á luz con menos necesidad de prospecto que la que se ha propuesto publicar el Sr. Castro y Serrano. Sirve de garantía lo elevado y útil de su tendencia; sirve además el nombre que le escuda; pero todavía puede tener su mayor seguridad de aceptación en una deliciosa obra, de todos conocida, por todos saboreada y encomiada y que pocos años ha fué debida á la misma pluma con un fin semejante al de la que nos ocupa. El autor lo dice para dar una idea del plan á que se ajustará; nosotros lo repetimos para hacer anticipadamente el mayor elogio y la mas eficaz recomendación al público.

España en Londres puede servir de prospecto á *España en Paris*.

ENRIQUE GALLARDO DEL PINO.

El Imparcial ha suspendido sus tareas.

Sensible es que haya tenido tan corta vida un periódico de la índole de *El Imparcial*, que contaba con una redacción numerosa é ilustrada.

Nuestro apreciable colega *La Reforma* se ha encargado de servir las suscripciones de aquel periódico.

El rey Victor Manuel, en vista de lo apurado que se halla el tesoro italiano, ha renunciado 4 millones de francos de la cantidad que le está señalada en la lista civil.

Háblase de que en los nuevos presupuestos se suprimen algunos de los Juzgados de primera instancia que existen en esta provincia.

Aunque hemos oído citar nombres, no nos atrevemos á consignarlos, por el temor de que tales noticias sean inexactas.

Cartas que recibimos de algunos

proporcionárselo. Después de algunas magníficas escenas, Walton arrebató la carta á Alicia. Shakspeare á su vez intenta arrebatarse la carta á Walton; pero éste entrega la fingida que debía presentar al Conde Octavio en la escena y sale á las tablas llevándose la carta verdadera de Edmundo.

Cámbiase aquí la decoración y aparece la escena del teatro en que el drama fingido se representa.

Walton ofrece á Jorick la carta, como prueba de sus confidencias, y Jorick, viendo que se transforma en realidad la ficción dramática, que aquella carta convierte en asunto inmediato y propio la ficción del poeta se abandona al furor y dá muerte á Edmundo en el combate simulado que tiene lugar en las tablas.

Alicia grita, Shakspeare se presenta, todos acuden á reconocer la herida mortal de Edmundo y el drama se suspende.

Shakspeare, volviéndose entonces hacia el público, y como si hablase con el que se supone que presencia el drama fingido, le dirige estas ó parecidas palabras: Señores, la representación no puede continuar. Jorick en un arrebatado entusiasmo ha dado muerte á Edmundo. Es una desgracia mas de las de esta noche tempestuosa. Acaban de hallar también el cadáver de Walton, atravesado de una estocada. Rogad á Dios por los muertos y... también por los matadores!

Con este argumento, que no titubeamos en llamar felicísimo, el autor ha escrito y presentado una obra que será sin disputa el mayor acontecimiento de la última temporada teatral.

De la situación y del carácter de cada uno de los personajes del drama, brota, digámoslo así, un raudal de escenas interesantísimas y de grandes efectos dramáticos. Los celos, el amor, la envidia, la amistad mas pura y mas generosa, son vicios, pasiones y virtudes que no pueden empuñarse como no sea ba-

puntos de esta provincia nos demuestran que las últimas lluvias han sido generales y han producido el buen efecto que se esperaba.

Algunos periódicos hablan del gran impulso que han recibido las obras del ferro-carril de Belmez á Almorchon.

Si, es tan grande el impulso, que según nuestras noticias hay una docena de hombres ocupados en esas obras.

Los periódicos ingleses publican la siguiente noticia:

«Este año ocurrirá un fenómeno celestial que la historia astronómica reseña solo dos veces.—El 21 de agosto aparecerá Júpiter sin satélites, durante dos horas. Tres de ellos estarán invisibles por pasar simultáneamente sobre el disco de Júpiter, y el cuarto quedará cubierto por la sombra de dicho planeta.»

En tres días seguidos de la presente semana, el tren de Madrid no ha enlazado con el de Ciudad-Real por haber llegado con retraso; así es que la correspondencia que llegaba en el tren misto á las 9 de la noche, se repartía en esta capital si no toda, en su mayor parte, con un día de retraso.

¿Cuándo se pensará en poner un correctivo á la empresa responsable de tales faltas?

Que un día, por cualquier accidente se retrase la llegada de un tren, nada tiene de extraño, pero si lo es y mucho, la escandalosa frecuencia con que se repite el hecho que hoy denunciábamos.

Continua en baja el precio del trigo, que se vende en esta capital á 56 rs. fanega, pero á pesar de ello el pan sigue vendiéndose al precio que tenía cuando aquel grano costaba á mas de 60 rs. fanega.

Verdad es que los *polrecitos* de los panaderos tienen existencias compradas á una cantidad excesivamente cara.

La mayor parte de la prensa se declara en contra de las pretensiones que abrigan los fabricantes de papel con-

tinuo, de que se restablezca el derecho protector que pagaba el papel extranjero á su introducción en España, antes de promulgarse en 1863 la ley vigente sobre la materia.

Si antes de esa ley se vino pagando un crecido derecho al introducirse papel procedente de las fábricas extranjeras; si á pesar del largo período que se exigió ese derecho protector, nuestras fábricas no se pusieron en condiciones de hacer la competencia, es seguro que ahora sucedería lo mismo, y que si las pretensiones indicadas fueran resueltas en un sentido favorable, las empresas periodísticas y las editoriales de libros sufrirían perjuicios incalculables.

Variedades.

MEA CULPA.

Ayer llegaron á nuestra redacción sesenta y cinco cartas, cuya lectura nos robó un tiempo precioso, por mas que cada una de ellas viniese firmada por una señora.

Con rarísimas escepciones, esas numerosas misivas son un compendio de injurias contra nosotros, por haber dado á luz en el número anterior aquellos apuntes que llevaban el epigrafe de *Anales de la vida de una soltera*.

En casi todas las cartas se declara la edad de sus autoras, (no hay ninguna que se acuse de tener mas de 30 años); y solo dos no traen ese dato tan importante, que sin embargo hemos podido deducir por su contenido.

Dos niñas de 15 años acusadas en los *Anales* de arder en deseos de crecer para llamar la atención de los hombres, desmienten tal aseveración, una diciendo que está ya desengañada, (1) respecto á esos traidores que desearía desaparecieran de la superficie de la tierra, (2); y la otra dice que aquellos deseos son propios de las de 8 á 12 años... ó de las de 30 en adelante.

Una señorita de 17 años, después de la competente descompostura lanza una diatriba contra los madrigales de amor en las cabañas etc.

Las señoras de 23 años que nos mandan hasta 14 reclamaciones, están conformes en desmentir el hecho de ser característico en su edad el enamorarse á cuantos se presentan. Su resolución parece tomada en un *meeting*.

- (1) ¡Pobrecita.
- (2) ¿Ustedes no lo creen?—Pues nosotros tampoco.

que empañando primero al sol, luego encapota el horizonte y acaba por lanzar el rayo entre los pavorosos estruendos de una tempestad deshecha.

Pero las obras del teatro no solo bajo el aspecto del arte y de la estética, sino también bajo el punto de vista de la enseñanza moral que ofrecen, deben ser examinadas. ¿Qué nos enseña, pues, *Un Drama nuevo*? Nos permitiremos hacer unas cuantas suposiciones y otras tantas advertencias.

Si en la figura hermosa de Shakspeare nos quiere poner un ejemplo de como debe comportarse la amistad pura, la lealtad generosa, sin duda lo consigue; pero sobre un accidente, digámoslo así, del drama, no sobre el desenlace de la acción general del mismo.

Si intenta demostrar los males y daños que produce la envidia con los que ocasiona la venganza de Walton, todavía queda en pie que el amor de Edmundo y Alicia, siempre ignorado, hubiera podido ser todavía mas funesto para la hora de Jorick. La envidia aquí, obrando mal, es el instrumento del bien ó ejecuta una acción provechosa. Deshace la tranquilidad de un esposo con fiado y la impunidad de dos amantes á quienes arrastra el destino; pero salva la hora de todos, dejando pura, libre de todo borron la escena.

Si pretende hacer ver que el hombre ha de vivir en su esfera y debe atenerse á sus facultades trayendo para este fin el ejemplo de Jorick que halla espinas donde ambicionaba laureles, no lo consigue ciertamente pues es muy visible que Jorick pudo haber desempeñado sin riesgo alguno aquel papel trágico, punto supremo de su ambición de gloria. La desgracia de Jorick, en otros términos, no nace de su empeño por atesorar nuevos triunfos; nace de una reunión de circunstancias que le hubieran hecho siempre infeliz, bajo cualquier estado y condición de su vida.

Si nos dice que el amor de Alicia y Edmun-

Una de 24 años asegura que no se admira de no haberse casado, sino de no haber envidiado.

Termina así:

«La muger nació para ser viuda.» (3)

De las de 29, seis comentan los grandes defectos inherentes á las edades anteriores y pretenden probar con argumentos, cuya responsabilidad les dejamos, que su edad es la mas ventajosa para el matrimonio; declarando por último que solo á los 60 perderán las esperanzas de *llevar la cruz*.

Uno de la misma edad opina que la muger solo debe casarse cuando ya no pueda enamorar, (4) y después de hablarnos con poca claridad del amor al prójimo, dice que hay polla que nunca puede llegar á la edad de casarse.—Esto es enigmático.

Una de 30 agota el vocabulario de las injurias y concluye declarando que nada hay de mas insultante que la designación de *solterona*, aun que durante diez años se considere ella al abrigo de tal calificación.—Nos parece que esta afirmativa no es completamente sincera.

De aquí en adelante ¡Cielo santol no es en tinta, es en hiel en lo que se mojaron las plumas!

De los 30 á los 50 años, todas las edades tienen un campeón ó mejor dicho una campeona; mas hay una edad que las tiene muy furiosas y es la de los 39.

No queremos publicar sus defensas por que somos caritativos.

Si se recuerda que son acusadas las de aquella edad de aumentarse el mal humor, se verá que pretendiendo defenderse, se condenan, pues sus reclamaciones dan la prueba mas evidente de la certeza de tal defecto.

Una de las señoras, en el exceso de su mal humor llama á los hombres.. una cosa que no queremos repetir.

Nosotros decimos á todas:

«Señoras teneis razon.

Asi nos libraremos de la responsabilidad que pudiera alcanzarnos por las acusaciones que se hacian en aquellos apuntes que en mal hora trascribimos.

Se dirá que esto es cantar una especie de palinodia; pero se entonan tantas hoy!

(3) Esa muger es capaz de ejecutar un *maricúlio* si se casa.

(4) Tal doctrina nos parece subversiva é inconveniente.

do era un amor irresistible, avasallador, tiránico, pues esto es preciso para que sea culpable y para que Alicia sea también buena y pura, el *Drama nuevo* limita la libertad de nuestro albedrio, establece que hay un amor soberano, una pasión incontrarrestable; predica, en una palabra, la fatalidad, que es el frío del corazón, la muerte de la voluntad del hombre.

Bueno, pues, y facil será que la borrasca que se levanta con el amor de Alicia, la desesperación de Jorick y la desgracia de Edmundo nos pongan de parte de la tranquilidad doméstica, y del amor puro y reposado del matrimonio; pero ¿qué habremos conseguido si un día llega á despertarse en nuestro corazón un amor como el de Alicia y Edmundo, un amor incontrarrestable y fatídico, un amor que dispone de nuestra alma?

No tenemos tiempo, ni espacio, para es-tendernos como el asunto merecía, ni para indicar otros defectos, menos señalados, del drama. Concluiremos manifestando que el autor hubiera podido dar otro desenlace á su obra, quizás á costa de poco, presentando con una de las llagas que causan en la sociedad las pasiones del hombre, antes que una catástrofe, una enseñanza y un remedio. De este modo habria también dotado a la escena y literatura patrias con una joya inestimable. No habiéndolo hecho así, en nuestro juicio, ha escrito, con todo, un drama de tal efecto que no podrá representarse una vez sin que la conmoción y las lágrimas del público den evidente testimonio de que esta creación dramática está inspirada en un profundo conocimiento del hombre y de la escena.

ALHAMBRA.

Madrid 15 de Mayo.

Gacetillas.

Una historia como otra cualquiera.

En una calle...
(que no la nombro porque me ruegan guarde el incógnito); anoche mismo; serian las ocho; dos personajes, el uno gordo y el otro flaco y ambos muy tontos, á *sotto voce* de amor *beodos*, se regalaban estos piropos.
—Ni usted ni nadie señor don Próspero, me hará desista de mi propósito, pues tengo mucho, mucho amor propio, para cederle mi puesto á otro. Por si lo ignora dígole fisco, que á esa sirena que usted hace el oso, yo la *camelo* desde que al hoyo fué su difunto primer esposo; que ella me adora, que yo la adoro con *fatiguillas* de tomo... y lomo, y últimamente señor don Próspero, sepa y no olvide, que ese *pimpalla* (semi-jamona del año ocho) en el *mío cara* tendrá, *responda* mientras aliente de vida un soplo, un amor puro, no por el oro que ella atesora, no, (me sonrío.) pues ella sola vale un tesoro, sino por... ¡vaya...! en fin... don Próspero, porque esa *jembra* (que es un demonio) desde sus *buenos tiempos remotos*, noche tras noche dejólo todo, solo por darle gusto á don Zoilo.
—Demás comprendo, pues no soy bobo, cual es la causa de vuestro enojo, mas permitidme señor don Zoilo dígoles ha estado muy poco lógico. Nada me importa que jactancioso vos con locura ligais la adoro, nada, ni un pito;

sepa el holonio que hace ya tiempo, que entre nosotros, está arreglado todo el negocio; sin ir mas lejos, hace muy pocos dias, que halléla dándose tono por esas calles; guíñele el ojo, pasé á su lado, toquéle al codo, y al mismo tiempo le eché un *piropo*, que por lo chusco, señor don Zoilo, hizo un efecto tan prodigioso, que sonriose mirando, como si me dijera: «lánzate, Próspero, porque me gustas, porque te adoro, por lo bonito, por lo gracioso. Yo, que hace tiempo soy un Tenorio, seguí la pista de mi *pimpollo*; ¡cuanta monada! ¡cuanto jolgorio! ¡oh, cuantas veces volví su rostro para mirarme! ¡ay! me atorozo de recordarlo...! en fin, don Zoilo, cuando á saltarle iba *lo gordo*, se entró en su casa; quedéme solo. Tres horas largas, pasé enojoso dando paseos, hasta que ronco, ya de toserle, lleno de asombro, reconociendo que mi *pimpollo* no se *asomaba* ni por *asomo*...
—¡Oh! Tecla mia, te reconozco.
—No me interrumpa señor don Zoilo, y escuche atento: de amores loco, marché á mi casa con el propósito de darme un tiro... mas ¡ay! de pronto me eché en la cama, cerré los ojos, pero fué inútil ¡picaro insomnio! ¡noche tremenda! en fin, don Zoilo, fuera por ella (que es lo mas lógico), á por las *chincetas*, ello es notorio, pasé una noche de los demonios. Antes del alba volví anheloso ¡ay! por decirle que por tí me morro; mas fuera en vano,

porque furioso como me vine me fui, don Zoilo. Pero no importa, como la adoro, ya estoy de vuelta hecho un celoso y por lo tanto dispuesto á todo.
—Segun lo dicho señor don Próspero, está pretende, tan solo un robo.
—Un robo ínfimo y jactancioso, con pretepsiones de tomo y lomo. ¡A mi quitarme mi novia y todo! Vamos... sin duda, usted está loco.
—Estoy muy cuerdo señor don Zoilo, y por lo mismo yo reconozco perfectamente, que entre nosotros hay un abismo, hondo, muy hondo, y que es preciso y hasta *precioso*, que usted á mis manos...
—¡Jesus que monstruo! —No me interrumpa que me lo como.
—No me amenace que me lo sorbo.
—¡A mi con esas! señor don Zoilo; usted no es hombre, usted es... un toro y á mas un necio...
—Y usted es... D. Próspero.
—Sólo, corriente, y usted es... D. Zoilo.
—Y usted es un buitre.
—Y usted es un choto.
—Y usted es un mico.
—Y usted es un mono.
—Y usted un borracho.
—Y usted un hecdo.
—Y usted un D. *Finlan*, —Basta, D. Zoilo; esas palabras, están á chorros, sangre pidiendo; yo le respondo que cuando el uno frente del otro listos estemos, verá en mi arrojo como al escape, me lo transformo en inquilino del purgatorio.
—Ya lo veremos, pues no me opongo sépalo, á esos lances honrosos, pues hay ofensas, señor D. Próspero, que con la sangre solo las borro; mas no esta noche, no, que es muy pronto, pero mañana sin falta, solo yo en la ribera del *caudaloso* manso Ribillas...

—No le conozco —Cuando sus rayos de grana y oro Febo descubra casi del todo, me haré presente con dos *cachorros*... —¡Perros...!
—Pistolas.
señor don Próspero.
—Mañana es tarde; yo bien conozco que lo que intenta con tales modos, es evadirse como un mocoso.
—Yo una evasiva! callar, D. Próspero; ¡ay! como admita verá que pronto me lo reduzco menos que á polvo.
—Pues bien, corramos.
—Pues bien, ya corre.
—¡Adios! mi Tecla, por tí me espango, mas nada temas y fía en mi arrojo.
—¡Adios! mi novia, haz á Dios votos por que *completa* vuelva tu novio.
Esto diciendo, ambos llorosos desaparecieron, cuando de pronto se oyó un gemido fuerte, y á poco gritos cual estos: —Venid, ¡socorro! que van al campo; ¡ay! pobre Zoilo; ¡un desafío! ¡ay! pobre Próspero! que me los traigan, pues reconozco que si se *envisten* ¡por san Procopio! ¡ay! ni los rabos quedan... ¡socorro!
Yo, al escucharlos, suspense un poco, dejé se fuesen los dos celosos, á darse cuenta de sus enojos, mientras deshecho cual buen curioso, á una vecina que al alboroto salió, acerquéme poquito á poco, por preguntarle, quien era Próspero, quien era Tecla, quien era Zoilo; por qué al marcharse le dió un *soponcio*, con otros varios lances graciosos, con el objeto santo (*santorun*) de colocarlos en el periódico. Y así, en efecto, supé que Zoilo, era hace tiempo de Tecla, novio, y que de noche, cual listo zorro,

Aquella misma tarde, se instalaron en su brillante palacio la viuda y su hija. El magistrado fué á vivir á los arrabales, en una casita que Carlos y Adelaida encontraron bonita, grande y cómoda. Estos amables jóvenes se anticipaban á los deseos de su padre. Eran felices porque su deber consistia en servir, y no podian manifestar sentimiento alguno por su nueva posicion, sin que fuera un reproche tácito dirigido á su padre. ¿Qué mas necesitaban estos tres nobles corazones? Cada uno de ellos gozaba con delicia de su propia virtud y de la de los objetos queridos. La recompensa estaba en ellos mismos, no necesitaban otra.
Pero el cielo, que generalmente no concede mas que esta recompensa interior que es un secreto entre ella y él, quiso por esta vez, hacer una escepcion de la regla general; quiso honrar las prosperidades de este mundo, concediéndolas á esta familia.

Ved lo que sucedió. Mr. de Morvan supo lo ocurrido, se admiró y se irritó.
«¿Qué he hecho yo, se dijo, para merecer de Mr. de la Faluère semejante abandono? Me creará capaz de haber cambiado de parecer con respecto á su hija, porque no puede traerme por dote mas que la gloria de una buena accion?» Y lleno de una generosa cólera, corré á casa del magistrado forzando la consigna que cerraba la puerta á todos los que temian les dirigieran inútiles reproches ó indiscretas alabanzas.
«Caballero, le dijo, cuando me prometisteis la mano de la señorita de la Faluère, cuando ella se dignó decirme que su eleccion estaba conforme con la vuestra, creí que los sucesos, cualquiera que ellos fuesen, no influirian para nada en una determinacion fundada en la estimacion.
«Si os hubieran nombrado cancellér de Francia, me retirariais vuestra palabra? No. Pues bien, ¿podeis hacerlo ahora bajo el pre-

Notaron que era admirablemente hermosa; este descubrimiento escitó en la ciudad tanto entusiasmo como admiracion. Cualquiera diria que esta beldad, que causaba una sensacion tan repentina, acababa de llegar de alguna estremidad del mundo. Se puede decir que venia de mas lejos, porque salia de la miseria, y la miseria para los felices del siglo, es como un pais desconocido, mas temible que los mas lejanos desiertos.
Un dia, al salir de la iglesia, oyó Sofia á su alrededor, un murmullo tan lisonjero, que no pudo menos de comprender la admiracion que inspiraba. Por la primera vez supo era bella; y este descubrimiento la llenó de alegria.
«¡Oh madre mia! dijo, si lo que me han dicho cuando pasamos es verdad; que dichal ¡si soy tan bella á los ojos de esos estraños, quizá lo sea tambien á los suyos!»
Y al decir esto se ruborizó y ocultó su ros-

al lado entraba del vejatorio de doña Tecla tonta de á folio, que en mirinaques, cintas y moños en arreboles y en otros bodrios, sus pingües rentas gastaba, solo dejando intactas, las que don Zoilo se apropiaba de motu proprio, y con las cuales dándose tono, vestía elegante y estaba gordo. En este estado de cosas, Próspero, que por el hambre se hallaba estólido, reconociendo que si á don Zoilo con mucho maña quitaba el bollo,

cual él tendría de sobra el oro, y por lo tanto pan y enollitorio: Por eso mismo un día tras otro con diplomacia cual terco pollo, á Doña Tecla sitió de un modo, que á cuantas partes iba, anheloso corría tras ella, siempre, don Próspero. Mas como viera que el tal negocio, no prosperaba, hecho un furioso fue á la calle, buscó á don Zoilo, y allí le dijo con mucho arrojo, lo que de sobra sabemos todos. En lo que pare tal alboroto,

yo, francamente lector, lo ignoro; mas por si acaso estos dos prójimos hacen alguna lector, de populo bárbaro, listo yo como un corzo, en gacelilla y en verso corto, juro he de caros cuenta de todo; aunque en seguida venga don Próspero acompañado de Tecla y Zoilo, y con influjo hagau de modo que me recojan medio periódico.

El Angel del hogar.—Hemos recibido el núm. 18 de bellísima revista, cuyo su- mario es el siguiente: «El camino de la dicha» por la Sra Sinués de Marco.—«A la virtud» poesía por San

Juan.—«Lo que es y lo que parece», por D. G. Lafuente.—«El escultor de la selva negra» por Souvestre.—«Ecos de Paris», por Sofia.—Esplicacion y aplicacion de la lamina de con- fecciones, por Pamela. Con ese número se ha publicado una lá- mina de confecciones y un pliego de la Galeria de mujeres célebres.

Las mujeres son aficionadas á ju- gar desde que nacen. Niñas, juegan con sus muñecas Adultas, juegan con sus amigas. Jóvenes, juegan con sus amantes. Casadas, juegan con sus maridos. Madres, juegan con sus hijas. Viejas, juegan con sus nietos y nietos. La mujer que no se casa juega á las car- tas, ó tiene perros y gatos para jugar. De todo lo cual se deduce, que la vida de la mujer es un puro juego, y si se ob- serva lo que hacen con sus juguetes, aca- so, y sin acaso, las muñecas son las mas afortunadas.

Editor responsable, ANTONIO M. PRADO.

SECCION DE ANUNCIOS.

GANGA.

OJO AL ANUNCIO.

Por ausentarse su dueño se vende sumamente barato:

Una carretela en buen uso.—Una mula de paso y maestra para coche.—Dos carros en buen estado.—Una báscula.—Campanillos.—Azadones.—Guadañas.—Podones.—Escardas.—Rejadas.—Unos arreos de lujo en buen estado.—Seis colchones.—Un caballo de paso de 4 años, mayor de la marca, entero.—Una cama de acero.—Y un colchon de muelle.—Comedias 8.

Se vende el aprovechamiento de agostadero y rastrojera de dos mil fanegas de la dehesa Redrojo, tér- mino de Rivera del Fresno. Las proposiciones á D. Juan Chacon, en dicho pueblo.

COMPANIA DE SEGUROS UTUOS.

PATERNAL s obre la vida.

BETICA Contra incendios.

Autorizada por real orden de 2 de Julio de 1860. Centro directivo, en Sevilla calle de la Cuna, núm. 40. Al frente de ellas se encuentra una Junta de Gobierno compuesta de socios de reconocido arraigo, y del dele- gado del Gobierno que interviene todos los actos de las compañías.

Situacion de las mismas en 31 de Agosto de 1866:

PATERNAL.—Número de suscritores, 4.417; capital suscrito, 24.924,167 80; Depositado en el Banco, 8.276,000 rs. vellon. BETICA.—Número de suscritores, 5451; capital responsable 1318,487,437 reales con 25 milésimas.

El Subdirector principal y Banquero de estas compañías en las pro- vincia de Extremadura, lo es D. Agustin Hurtado de Mendoza; su ofici- na está establecida en esta ciudad, calle de la Sal, núm. 18 y 20, don- de estarán de manifiesto los prospectos y estatutos de estas compañías.

REMATE.

El día 30 de Mayo de 1867 á las once de su mañana se remata en las casas del administrador del terreno adhesion de la Granadi- lla calle de la Sal núm. 22 el apro- vechamiento de espiga y agosta- dero de dicho terreno; sito en tér- mino de Badajoz, correspondiente al periodo que media entre el cita-

do día 30 de Mayo hasta el 29 de Setiembre próximo.

Lo que se hace público para conocimiento de las personas que quieran interesarse en la subasta; ad- virtiendo que esta se ejecuta bajo el presupuesto y pliego de condiciones que estará de manifiesto y que el remate se verificará con el mejor postor.

TUBOS CONTINUOS DE PLOMO.

Fábrica de la Sra. viuda de D. R. Bonaplata.

El depósito en Madrid, calle de Fuen- carral número 24.

PLANCHAS DE PLOMO. y

Número.	Peso por metro.	Libras.
1		1 1/2
2		2 1/2
3		3
4		4
5		6
6		9 1/2
7		12
8		14
9		18
10		22
11		25
12		28
13		32
14		36
51		50

PRECIOS.

Los del número 1. 28 rs. arroba.— Los del núm. 2. 27 rs. arroba.— Los del núm. 3. 26 rs. arroba y todos los demas 25 rs. arroba puestas en la estacion de Madrid.

Los diseños del diametro están de manifiesto en la Administracion de LA CRÓNICA.

Impt. de la señora viuda de Arteaga, Magdalena 3.

Adjurad de esa altivez que causaría mi desgracia y quizás la de Adelaida.

¿Temerá llevar demasiadas obligaciones á su marido? Pero todas quedan á mi car- go. Hace algunos días podía considerarme su igual; hoy me honra mucho elevándome hasta ella!»

El severo magistrado no pudo resistir mas á tan nobles instancias: Adelaida lle- gó á ser madama de Morvan é hizo la fe- licidad de su marido, sin que por eso, dis- minuyese en nada la que había prometido á su padre.

La viuda, sin embargo de las muchas ocupaciones que le proporcionaba su nue- va fortuna, se ocupaba con actividad de un gran proyecto.

No frecuentaba la sociedad, pero si con- tinuaba yendo á la iglesia. Allí se veia á Sofia, que nunca dejaba de acompañar á su madre, pero á la que hasta entonces no la había visto nadie.

testo de que sois menos rico? Tengo yo me- nos derecho á la mano de vuestra hija que tenia esa viuda á vuestra fortuna?

Y prosiguió con calor. Sois muy injusto conmigo, señor: haceis nacer contra mí su- posiciones de que parece participais. ¿El mundo no supondrá que renunció á mi amor porque vos habeis renunciado á vuestra fortu- na? ¿Saben acaso si sois vos el que retira su palabra ó yo quien ha faltado á la mía? ¿La maledicencia nó me atribuirá sen- timientos indignos de mí?

Y vos señor tendreis la culpa, vos á quien yo siempre he profesado un profundo respe- to, y un cariño tan verdadero.

Al ver que Mr. de la Faluere estaba con- movido, añadió con viveza.

«Oh! dejadme llamaros padre, devolved- me á lo que tanto amo, y hacia la cual mi respeto iguala al amor! que mi fortuna no sea un motivo de exclusion. ¿Tengo yo la culpa de ser rico?»

jer á quien la pobreza no pudo atir. Exa- minó detenidamente el título que la pre- sentó Mr. de la Faluere y se aseguró de que estaba intachable, y que el sacrificio ofrecido por el magistrado estaba en regla. Con un ademán sencillo y pausado, como si se tratara tan solo de un negocio de poca im- portancia, le dijo:

«Caballero, nada hay en vuestro modo de proceder que me admire; pero lo que ha- ceis como un acto de justicia yo lo recibo como un beneficio. Sois libre para conser- var vuestra fortuna, y quiz yo debiera reu- sarla; sin embargo la acepto. Sed generoso conmigo como yo he sido obediente con vos; permitid que partamos.

Mr. de la Faluere había previsto esta o- ferta: era demasiado altivo para aceptarla.

Entre estas dos personas igualmente dis- tinguidas por la elevacion de sentimientos hubo un combate de generosidad, en el cual Mr. de la Faluere quedó vencedor.